

SEGUNDA PARTE
EXAMEN DE ALGUNOS PROCEDIMIENTOS DE ORADORES

Sumario :

Tipos de verbo-motores franceses, ingleses,
italianos, españoles y mexicanos.

CAPÍTULO PRIMERO

Mirabeau.

Dije antes que la Revolución había obligado á los oradores políticos á improvisar. — Esta observación es de una verdad patente cuando se la aplica á Mirabeau. Había comenzado, como todos los oradores de su época, por ser esencialmente *gráfico*. Desde que se lanzó en la tormenta se vió obligado á recurrir á la simple meditación. Trabajo le costó apropiarse este método, porque, nos dice M. Reinach, durante mucho tiempo « este gigante de la palabra tembló ante la improvisa-

ción, huyendo de ella con frecuencia á riesgo de comprometer batallas decisivas » (1). Pero el día en que aplicó francamente este sistema, encontró su camino. Sus discursos escritos fueron, en general, débiles ; no los salvaba sino por el arte maravilloso de su dicción ; el mismo discurso leído por él en los Jacobinos y por Talleyrand en la Constituyente pareció soberbio en el club y mediocre en la asamblea » (2).

Apenas se hubo despojado de su grafismo, apareció lo que era por naturaleza, es decir un verbomotor en el más alto grado. No sabe escribir, dice M. Aulard ; con la frente tranquila, la pluma se le cae de las manos (3). « Si un impulso apasionado no lo arrebatara, no la toma de nuevo sino para trazar penosamente líneas *que no expresan su pensamiento.* »

Hablaba pausadamente, con mucha lentitud al principio, animándose por grados. Siempre premeditó sus pasajes más brillantes (4).

Vergniaud.

Me contento con resumir aquí lo que, en el admirable estudio de M. Aulard sobre Vergniaud, se

(1) REINACH, *Conciones françaises*, Introducción.

(2) *Ibid.*

(3) *Les Orateurs de l'Assemblée Constituante*, 1 vol., Hachette, ed.

(4) CORMENIN, *Le Livre des Orateurs*, p. 198.

refiere á los procedimientos oratorios del « águila » de la Gironda (1) : « Parecía naturalmente indolente y perezoso, aunque un historiador haya sostenido que su aparente somnolencia ocultaba un trabajo constante y consciente de meditación interior. No trabajaba sino por accesos, cuando la necesidad brutal disipaba sus ensueños, cuando se sentía vivamente impresionado por una injusticia ó aguijoneado por un peligro. Entonces, las admirables facultades que dormitaban en él entraban bruscamente en acción ; su torpeza se sacudía por sí sola ; pensaba febrilmente y rápidamente ; hacía mucho en poco tiempo. Era esto como una crisis que se desenlazaba en la Tribuna.

« Abogado en Burdeos, escribía y leía sus alegatos (era el uso). Pero en la Tribuna no leyó nunca. Preparaba mucho sus grandes discursos, principalmente *hablándolos* de antemano delante de amigos. »

Era este el sistema que debía dar después á M. Thiers tan buenos resultados ; sistema que debe ser singularmente ventajoso para los visuales que quieran librarse de su visualismo.

Llevaba comúnmente á la Tribuna un plan escrito en el que las divisiones y subdivisiones estaban bien marcadas y los argumentos distribuidos en una gradación vigorosa. En resumen, de-

(1) AULARD, *Les Orateurs de la Législative et de la Convention*, t. I.º, páginas 291 á 346.

jaba amplio campo á lo imprevisto. Está fuera de duda, por lo demás, que en muchas circunstancias célebres habló sin la menor preparación escrita, principalmente el 10 de abril de 1793 cuando respondió á las acusaciones de Robespierre.

Un hecho merece señalarse también: no le agradaba escribir, y declaró públicamente, en la sesión del 3 de abril de 1793, al ser incriminada su correspondencia, *que nunca escribía cartas*.

Muchos oradores célebres han dado muestras de este horror por la escritura.

Danton.

Es el tipo por excelencia del verbo-motor. No quedan de él sino algunos aforismos esculpidos en bronce. Todo lo demás se ha perdido.

Sus más implacables enemigos han reconocido, y muchas veces de un modo ingenuo, su elocuencia fulminante que sobrepasaba quizá á la de Mirabeau.

Á propósito de Danton principalmente, se puede lamentar el inevitable destino reservado á todos los oradores. Ya sea que su obra oratoria subsista ó desaparezca, no deja el orador de morir por completo.

Después de todo, puede cifrar su mejor ambición en vivir solamente por el recuerdo de sus triunfos. « La escritura congela la palabra. »

« Danton, concluye M. Aulard, fué el orador más completo de la Revolución, el más conforme al genio de nuestra raza (1). »

Berryer.

Los grandes oradores son siempre los que nos han informado menos sobre sus procedimientos íntimos de composición, porque casi todos ellos han tenido esta aversión por la escritura de que tanto he hablado. En Berryer esta aversión es característica. Á pesar de las súplicas de sus amigos, rehusó siempre escribir sus memorias. Es indudable que no era por simple modestia, pues declaraba estar dispuesto á dictarlas (2).

Todos los que le oyeron confiesan, unánimemente, que no es posible figurarse « por las líneas yertas que nos quedan » lo que era su discurso hablado. Ninguno nos da datos sobre su manera de preparación. ¿Hablabla la víspera sus discursos con sus amigos como Vergniaud y Thiers, meditaba como Ferrère, ó escribía en su espíritu como Hortensius? Nadie lo sabe. Todo lo que podemos suponer es que era verbo-motor por excelencia, y que, con frecuencia, la palabra verdaderamente precedía en él al pensamiento (3). Prueba de ello

(1) *Op. cit.*, p. 223.

(2) CHARLES DE LACOMBE, *La Jeunesse de Berryer*.

(3) Según el testimonio de Mme Joubert, tenía una memoria

son sus réplicas fulminantes, tanto en los jurados como en las asambleas políticas. Sin embargo, no siempre podía dispensarse de premeditación. Un hecho observado por sus contemporáneos lo establece: su increíble desigualdad. Había ocasiones en que sus facultades más personales parecían abandonarlo. « ¿Es él el que escuchamos? su palabra es inerte; su lógica, tan viva y tan animada, vacila á cada paso; toma los hechos, los abandona, los vuelve á tomar, sin decidirse á entrar á la cuestión; una vez en ella, vacila todavía, y se sorprende él mismo de la sorpresa que inspira (1). »

La incorrección de su estilo es tal, que quizá habría sido mejor, en interés de su gloria, que muchas de sus defensas no se hubieran estenografiado. Como lo dice uno de sus críticos, su elocuencia no es para ser mirada con lente.

Thiers.

Tipo de verbo-motor. La mayor parte de las veces preparaba sus discursos más importantes sin escribir una sola línea; pero antes de aparecer en la tribuna, ya los había *hablado* tres ó cuatro veces. En su salón se dedicaba á esta tarea. Se

auditiva muy desarrollada, y buscaba ávidamente todos los goces de la oreja. Amaba con pasión la música y no comprendía nada de pintura (citado por Arréat, *op. cit.*, p. 65).

(1) PINARD, *Le Barreau*, p. 81.

apoderaba de uno de sus visitantes y no lo soltaba antes de haber agotado sus fuegos artificiales del día siguiente. De Cormenin manifiesta una sorpresa visible en presencia de este diablo de hombre que medita sin esfuerzo y produce sin extenuación. « El pensamiento, escribe, nace tan pronto en esa cabeza, tan pronto, *que se diría que ha sido dado á luz antes de haber sido concebido*. Su verbo vuela como el ala del pájaro mosca (1). »

Lachaud.

Tenemos la buena fortuna de poseer una psicología de Lachaud, escrita por Gambetta. He aquí los pasajes más característicos de este artículo, que prueba que Gambetta habría podido llegar á ser tan buen escritor como elocuente orador... si hubiera tenido tiempo de escribir:

« El fondo mismo del talento de Lachaud era entrar de lleno á la situación del proceso... Vedle, allí está, sentado en su puesto. Mientras narra el abogado de la ley..., él, con la oreja aguzada, el ojo tranquilo, solamente la mano llena de fiebre, trinchando á navajazos una pluma extraviada bajo sus dedos, recibe los golpes en mitad del pecho, y los cuenta; dentro de un instante los devolverá con la usura del genio... Su más grande poder va

(1) *Le Livre des Orateurs*, p. 536.

á estallar bien pronto : su palabra soberana excitada por el calor del debate. Porque es allí, en la audiencia, en donde él crea, inventa, forja y da vida á su obra.

« No lo coarta ningún recuerdo ; no prepara, no arregla nada de antemano ; ¡ lejos de él las tabletas enceradas ! ¿ No tiene á su servicio la gran hada, la inspiración ? La composición previa no preocupa en manera alguna su espíritu ; en él hay solamente *premeditación* y no *preparación* ; ha pensado, he aquí todo. »

Pero es preciso no imaginarse, bajo la fe de Gambetta, que la preparación de Lachaud fuese tan rápida así. En realidad la premeditación del ilustre abogado comenzaba muchos días antes de la audiencia, y no llegaba nunca al jurado sin conocer á fondo su materia. Se puede decir solamente que en ninguna ocasión recurrió á la menor preparación escrita. Se conformaba con algunas notas muy cortas que le recordaban más bien hechos importantes que las divisiones de su materia.

Despreció la escritura de tal manera, que sus más bellas defensas están perdidas para nosotros.

Gambetta.

Es indiscutible que tampoco Gambetta recurrió

á la preparación escrita (1). Cuando apareció la novela *Numa Roumestan* se afirmó que Daudet, que había tratado á Gambetta, quiso hacer su caricatura ; y el novelista tuvo que defenderse de esta acusación.

La verdad es que el pasaje, citado antes, de la novela de Daudet, puede perfectamente aplicarse á Gambetta lo mismo que se aplica á todos los verbo-motores. Solamente que, si es dado á muchas personas pensar hablando, se ha concedido á muy raros privilegiados poseer la admirable facultad de asimilación que distinguía á Gambetta. Este hombre de Estado de primer orden estaba servido por una prodigiosa memoria, y sus discursos vivían de un capital de hechos de tanta magnitud, que sólo la enorme máquina cerebral de Napoleón Primero puede, en este siglo, ser comparada á la suya.

Por esto me ha sorprendido mucho ver que, en una obra reciente, en contra del testimonio de todos los contemporáneos, M. Arréat (2) escriba que Gambetta « dejaba adivinar una corta prepa-

(1) Se ha conservado el plan del famoso discurso pronunciado en Grenoble por Gambetta el 27 de Septiembre de 1872, discurso en que enumera las reformas que deben hacerse en los diferentes servicios. Ese plan comprende en su totalidad *ocho ó nueve palabras* espaciadas en una hoja de papel y que corresponden á los diversos órdenes de cuestiones por tratar : guerra, marina, justicia, etc.

(2) *Mémoires et imaginations*, p. 95.

ración para los negocios bajo el brillo de su facultad dominante. » M. Arréat, como otros muchos, parece estar influenciado por esta idea, que un gran orador puede existir con un bagaje mediocre con tal de que tenga oropeles. Nada es más falso. Si los oradores ilustres, los que verdaderamente han persuadido á las multitudes, no han sido nunca « inventores », « creadores », todos ellos han tenido necesidad de una inmensa provisión intelectual. Que los refinados les reprochen, si eso les place (estas son concesiones que he hecho desde hace mucho tiempo), sus vulgaridades y sus lugares comunes: sea. Ya lo he dicho y no insistiré más en ello: esas son *cualidades* oratorias. Pero nunca consentiré en admitir en su contra el reproche de ignorancia ó de « *inintelectualismo* », ¡para emplear un barbarismo á la moda! Ya M. Egger había formulado, en otros términos, la crítica de M. Arréat (1). ¿No se ha atrevido á comparar á los oradores con los comediantes y á llamarlos « *los hombres que meditan poco?* » Y esto, cuando los grandes oradores han sido todos, por excelencia, grandes meditativos.

Semejantes observaciones prueban tan sólo la flaqueza de la vieja psicología de « introspección ». Viniendo de parte de M. Arréat, que es un neo-

(1) EGGER, *op. cit.*, p. 82.

psicólogo muy distinguido, parecen á lo menos sorprendentes.

En resumen, dígase lo que se quiera, Gambetta reunió en su persona el talento de Thiers y el genio de Berryer. De aquél tuvo los procedimientos, de éste tuvo la acción.

Nota de la tercera edición. — Resulta de informaciones muy seguras recogidas de amigos de Gambetta que los primeros discursos del Tribuno pronunciados en tiempo del Imperio en el Cuerpo legislativo, fueron preparados por escrito. No vacilo nunca en señalar un hecho, aun cuando perjudique á mi tesis.

Fué en el momento de la guerra cuando Gambetta comenzó á improvisar verdaderamente. Sus discursos están todavía más llenos de incorrecciones que los de Berryer y sus metáforas no tienen la misma amplitud. Algunas frases, examinadas de cerca, no quieren decir absolutamente nada. — Se sabe que, á pesar de estos defectos, se apoderaba siempre de su auditorio. Su voz era de un timbre sonoro, rica, poderosa, muy musical. Hasta el fin de su vida conservó un acento meridional algo chocante para los oídos parisienses. Su dicción era flexible, variada, melodiosa; además, y sobre todo, tenía frecuentemente vuelos soberbios, notas de clarín de prodigioso efecto. Recuérdese el famoso apóstrofe: « *Et maintenant, regardez á la trouée des Vosges!* » Pero como decía Esquino

hablando de Demóstenes, para darse cuenta del entusiasmo que provocaba « era preciso haber oído al monstruo! »

Cuando Gambetta tomaba la palabra, principiaba casi en voz baja. Acariciaba maquinalmente la tribuna. No se oía nada. Todos gritaban : « ¡Chut! ¡Chut! », y al cabo de un momento el más profundo silencio reinaba en la asamblea. Entonces, Gambetta subía el tono.

Francisque Sarcey (Conferencista).

He reservado á Sarcey para el fin (*pour la bonne bouche*), por dos razones : la primera, porque nos ha dado uno de los análisis más exactos que puedan leerse de lo que concierne á la psicología de la palabra; la segunda, porque los procedimientos que nos enseña me parecen los más sensatos, los más fáciles y los más seguros. No es una observación la que presento, es un modelo que doy.

Como Montaigne, M. Sarcey comienza por declararnos buenamente *que no tiene memoria*. Pero no os engañéis. Esto quiere decir simplemente que no puede aprender de memoria. En el fondo, todos sabemos que vive de la más increíble acumulación de recuerdos que pueda existir en un cerebro humano. — No esperéis tampoco oírle contar algunas frivolidades sobre la inspiración oratoria. ¡La Inspiración oratoria! M. Sarcey no cree en

esta chanza desde el contratiempo que le acaeció en el *Circo de Invierno*, un día de desgracia en que la buena diosa lo dejó resueltamente en el atolladero. Por eso, con su fina naturalidad, M. Sarcey proclama desde luego que no se saca de una fuente más que el agua que en ella se ha vertido, y que por mucho que se dé vueltas á la llave de la improvisación, « si la fuente está vacía no sale sino viento. »

Escuchad ahora la manera de prepararse.

« *No escribáis nunca una conferencia*; luego hasta añadir que no llevéis notas... Recordad que el público es un monstruo de mil cabezas y que no lo domaréis si no tenéis constantemente vuestra mirada fija en la suya... *No citéis ó citad de memoria*: tanto peor para el autor si resulta truncado... Cuando poseáis, á lo menos en globo, todas las ideas de que se compondrá vuestro discurso, *¡no cometáis nunca la imprudencia de sentaros en vuestro escritorio con una pluma en la mano!* Id á vuestro jardín ó á alguna calle solitaria, ó á la pieza más grande de vuestra casa. Sólo paseándose se prepara uno bien. Tenéis en vuestra memoria los temas de vuestro desarrollo : *picad en el montón*, tomad uno de allí. *Esforzaos en improvisarlo*. *No os preocupéis de las frases mal construidas*, ni de las palabras impropias, seguid siempre vuestro curso; llevad el desenvolvimiento hasta su término, y una vez apurado, volved á comenzar el

mismo ejercicio; volvedlo á comenzar tres veces, cuatro veces, diez veces, sin perder la paciencia. Tendréis primero alguna dificultad: el desarrollo será corto y flojo; poco á poco, al derredor del tema principal, vendrán á agruparse ó ideas accesorias ó hechos probantes. *Es preciso no aprender nada de memoria.* ¿Para qué os servirá el ejercicio que os recomiendo? Para que preparéis un pingüe y fértil humus de giros y de palabras sobre la materia que debéis tratar.»

Consejos preciosos son estos. Cada uno de ellos es la confirmación directa de las teorías sobre el lenguaje y sobre la memoria que he expuesto en el principio de este estudio. Tengo, á lo más, una reserva que exponer respecto de la fórmula: «No os preocupéis de las frases mal construídas.» Digo por el contrario, y he dado mis razones, que es preciso no descuidar nada desde las primeras incubaciones de la palabra. Debe evitarse en la preparación mental la *flojedad* de las expresiones, penetrándose de esta idea, que admitida la primera vez la palabra impropia quedará fijada en la memoria, inhibiendo en lo sucesivo á la palabra propia.

Ciertamente, lo reconozco, no se encontrarán de primera intención todos los desarrollos del discurso; pero no por eso es menos útil vigilar constantemente la construcción gramatical de las frases pensadas y la propiedad de los términos meditados.

CAPÍTULO II

La Revolución de Inglaterra, — lo mismo que la Revolución francesa, lo mismo que todas las revoluciones, — dió al verbo humano su empuje irresistible y su esplendor trágico. La elocuencia parlamentaria es hija de la pasión política. Nunca como entonces manifestó el temperamento inglés toda su energía, todo su orgullo y toda su rudeza; nunca como entonces ha sido tan vigorosa, tan altiva y tan áspera la elocuencia británica. «Por la primera vez, dice Taine, desde la ruina de la tribuna antigua, encontró la elocuencia el suelo en el cual pudo arraigarse y vivir, y se levantó una cosecha de oradores igual, por la diversidad de los talentos, por la energía de las convicciones y por la magnificencia del estilo, á la que antaño cubrió el *ágora* griego y el *forum* romano. De tiempo atrás, parecía que la libertad de discusión, la práctica de los negocios, la importancia de los intereses empeñados y la magnitud de las recompensas ofreci-